

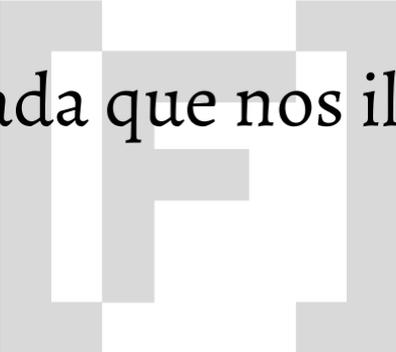


FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES

Nada que nos ilumine



FACTOTUM  
EDICIONES

Favot, María Alicia

Nada que nos ilumine / María Alicia Favot. -1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2023.

120 p.; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-49-5

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

---

© María Alicia Favot, 2023

© Factotum Ediciones, 2023

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Primera edición, 2023.

Foto de tapa: *La habitación de hotel*, de Esperanza Manzanera Velmock

Coordinación, composición de interiores y tapa: Fernando Ozón

Corrección: Fátima Nieves García

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

ISBN 978-987-4198-49-5

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



# Nada que nos ilumine

María Alicia Favot

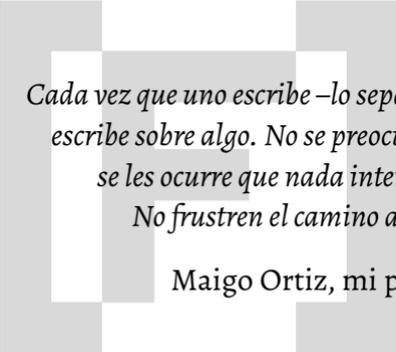
FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES



*Cada vez que uno escribe –lo sepa antes o después–  
escribe sobre algo. No se preocupen si de entrada  
se les ocurre que nada interesante les saldrá.  
No frustren el camino antes de recorrerlo.*

Maigo Ortiz, mi primera maestra

FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES



*Para todos los fantasmas que se reunieron en mi  
cabeza y conspiraron a la hora de escribir.*

*Para Fabián, mi amor invariable,  
que me ayudó a espantarlos.*

*Para Alejandra Laurencich,  
que me hizo creer que podía convivir con ellos.*

*Para mis hijos, que me encontrarán  
entre estas letras cada vez que me extrañen.*

FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES

## Una máquina perfecta

*... el monstruo cuenta, como en  
una caricatura, la génesis de las diferencias.*

Michel Foucault

Aunque sea verano el monte está húmedo y frío y las manzanas se adivinan casi flotando en la neblina. “Monte frutal”, le dicen por acá, o también “el cuadro de las peras o el de los duraznos”. Se refieren a extensiones de tierra plantadas con esos árboles. El silencio es poderoso: los pájaros cantan, pero no se escucha el ruido de máquinas curadoras o tractores. Salgo a caminar pensando en Marito, porque dentro de la casa me ahogo y necesito ver cosas sanas, que crecen con naturalidad, como las frutas y las hierbas. Al mediodía ya no habrá paz, nada más el calor del monte, el vapor que sube desde los troncos, los cosecheros trajinando con sus recolectores. Encima hoy tendremos visitas, algo que no quiero que suceda, pero sé que va a pasar, porque Pedro los invitó: su hermano y la mujer llegan desde España vía Buenos Aires.

Mi cuñado y la esposa. El ingeniero y la mujer que sonrío. Les pongo distintos nombres mientras esperamos su avión. Hace años que no los vemos y ellos no saben de nosotros más que lo que quisimos decirles en algunas cartas. El aeropuerto está lleno, me distraigo mirando los negocios de la planta baja: huelo perfumes mezclados, intensos, esencias de lujo y telas costosas. Pienso en el contraste con el almacén del pueblo en el que vivimos, que también tiene de todo, pero el olor es distinto: a yerba, al hilo sisal de alpargatas, a kerosene, a *parathion*. Hago este ejercicio para ocupar mi mente, para no pensar en el agujero, en el dolor. Muchas noches vuelvo a imaginar el escenario como si fuera un tablero de ajedrez, a pensar dónde estaba cada cosa, qué hicimos exactamente que podríamos haber evitado y qué evitamos hacer y podríamos haber hecho.

Ya hace mucho de esto, casi cinco años. Cuando sucedió el mundo se detuvo; pero mi corazón siguió latiendo, a pesar de mí. En su momento hablamos de un accidente, lo contamos así y lo repetimos tantas veces que llegué a creerlo. Pero en las noches de verano, cuando el sueño no me viene, vuelvo a pensarlo una y otra vez.

—Uno, y así, es suficiente—nos había dicho el médico, y yo escuché el “así” y supe que Marito nunca iba a ser como otros chicos.

También supe que nos aconsejaba piadosamente que no tuviéramos más hijos.

Pedro se resistió a creerlo por un tiempo. Después me trajo historias alentadoras de diagnósticos errados, más tarde elaboró teorías acerca de la visión ideológica de la salud y la enfermedad, argumentó con pasión que la ciencia clasificaba de forma arbitraria a las personas en normales y anormales, pero ninguno de los dos podíamos negar el hecho de que a Marito solo le crecía la cabeza. A los dos años ya se notaba la diferencia.

Quizá por eso también –sin confesárnoslo– decidimos venir a vivir al monte, lejos de las miradas curiosas de los demás.

Los altoparlantes anuncian que el avión está demorado: habrá que esperar. Esperar me inquieta, sobre todo cuando espero con Pedro. Lucho conmigo todo el tiempo para no preguntarle.

–Vamos a tomar algo –propone, y subimos al bar del primer piso.

Desde que Marito se fue, y prefiero decirlo de ese modo, las cosas me dan igual. A veces pienso que tengo que ser más valiente y aceptar lo inconfesable: que es mejor que ya no esté. Le costaba caminar con esa cabeza enorme y entender las cosas más sencillas; por ejemplo, que una calavera y dos tibias cruzadas en un envase significan veneno. Pedro había dejado las botellas en el piso del galpón, preparadas para fumigar: la carpocapsa hace estragos en los frutales. Fue un descuido como le puede pasar a cualquier padre, me digo. No volvimos a hablar del tema después de que nos quedamos solos y tampoco intentamos tener más chicos.

Cuando el avión está aterrizando, pagamos el café y bajamos. El hermano de Pedro y su mujer tienen un hijo, un hijo normal como pudo haber sido el nuestro si el destino hubiera querido. Pero si hubiera sido normal, estaría vivo: Pedro no habría dejado el veneno ahí o Marito no lo habría tomado. No sé en qué orden y no creo que quiera saberlo. Miro al nene de ellos y me da vergüenza reconocer que siento envidia, una envidia profunda de su tamaño, del pelo, de las mejillas regordetas. Me había preparado, pero no preví que sentiría esto.

Voy por el pasillo hasta el comedor de diario, donde vamos a cenar porque han pronosticado tormenta. Por la puerta-ventana veo a Roberto y a mi marido: se ríen, sentados en

los silloncitos de mimbre del patio, cada uno con su copa; parecen cómodos. Me surgen varias preguntas: la primera es cómo hacen los hombres para no tocar temas de los que no quieren hablar; la segunda es si Roberto y Mariana habrán comentado entre ellos, antes de llegar a nuestra casa, la condición y la muerte de nuestro hijo, y qué habrán especulado. La tercera es una amonestación para mí: ¿por qué me resulta tan importante lo que ellos piensen? Me consuelo: están de paso, los veré por un tiempo y volverán a su mundo.

La peor parte del proceso de ser madre de Marito fue sopor-tar las miradas ajenas. La cabeza tan inmensa le hacía ver los ojos pequeños y la nariz y la boca diminutas. Era un garabato como el que hacen los chicos de jardín de infantes, una caricatura. Me quedaba claro que la imagen que la gente tiene de un nene no se correspondía con eso que se podía ver cuando lo miraban. Entonces miraban dos veces, intentando disimular la curiosidad y el espanto. Quizá por eso las palabras “niño” e “hijo” se distanciaron miserablemente en el corazón de Pedro cuando quiso aunarlas, tenía que hacer un esfuerzo para que se correspondieran. Decíamos “nuestro hijo” con prudencia, de forma medida.

Aparto con esfuerzo esos pensamientos para sentarme a cenar. Roberto y Mariana ubican a su perfecto vástago en medio de ambos. Para que alcance la mesa le acomodan un almohadón que sacaron sin permiso del sillón del living.

–Ya come con cubiertos –dice con orgullo la madre, y el nene la mira y se ríe. Observo sus dientes pequeños, las orejas delicadas, los ojos enormes e inteligentes.

–Servime vino –le ordeno a Pedro.

Él me mira mientras llena la copa. Espera que le diga “basta” o “está bien ahí” o “gracias”, pero no lo digo y él corta y levanta la botella mientras su hermano y su mujer disimulan. Estoy

violando la ley no escrita del anfitrión educado y la naturaleza social del acto de beber: pero es que no quiero compartir ni brindar, tengo sed pero no de líquido, sino de cualquier cosa que pueda borrar la memoria de corto plazo, de cinco años a esta parte.

Trago sin respirar. Hasta el fondo. Soy consciente de las miradas de los demás, nadie dice nada, salvo el chico que se ríe y aplaude con fuerza y entonces extendiendo el brazo hacia Pedro con la copa vacía:

–Servime otra.

Mariana se pone a contar algo, se atropella, como si el silencio fuera una amenaza. Cuenta del viaje que hicieron antes de que naciera Robertito, como mochileros por Centroamérica, habla de la empresa en la que trabaja Roberto y, finalmente, dice que es genial vivir en Barcelona. Se interrumpen riéndose, se contradicen y se confirman, se toman de la mano y le dan la servilleta al nene para que se limpie la boca así y el nene entiende, y entonces hace así, como le enseñan sus papis.

Me levanto a buscar más ensalada y tropiezo con la alfombra, pido disculpas no sé para qué y me agacho a recoger la fuente que cayó a los pies de Mariana. Desde abajo las cosas se ven en una perspectiva aún más desoladora. Me encuentro literalmente de rodillas ante ellos y su hijo perfecto. Entonces cuando me levanto, en vez de ir a la cocina –te ayudo, dice Mariana: dejá, gracias– me escapo al baño y no salgo hasta los postres.

Roberto es ahora el que me sirve más vino, sabe que lo necesito. Se sirve también. Un modo piadoso de disimular el favor que me está haciendo. Después de los postres hay que traer el café, me digo, y voy a la cocina. Pero no logro evitar



**¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?**

**Podés adquirirlo en [www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)  
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones  
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?